

10 de marzo de 2024 -- 4º domingo de Cuaresma "B"

[2 Cor 36:14-16.19-23; Ef 2:4-10; Jn 3:14-21](#)

Homilía

El mensaje central de estas palabras de Jesús es que Dios ama al mundo. Este es el corazón de su Evangelio. También debe ser el corazón de toda evangelización, ya sea considerada antigua o nueva. "Tanto amó Dios al mundo", dijo Jesús. Este mundo es el mundo en el que él mismo nació; es también el mundo en el que vivimos. Este mundo que formamos todos juntos, con sus conflictos y contradicciones, su grandeza y su pequeñez, capaz de lo mejor y lo peor, Dios lo ama. Le encanta tal y como está. Dio a su Hijo a este mundo por amor.

En este mundo, Jesús se enfrentó incesantemente a la política de los hombres. Fue por la fantasía de un emperador romano que quería saber el número de sus subordinados que nació en Belén de Judea y no en la Galilea de su familia. Debido a la paranoia del viejo rey Herodes, tuvo que huir a Egipto durante algún tiempo con su padre y su madre.

El evangelio de hoy también se sitúa en un contexto político. Recuerden el Evangelio del domingo pasado cuando Jesús hizo la gran limpieza en el Templo de Jerusalén. Con este gesto, había tomado claramente partido contra los sumos sacerdotes y los líderes religiosos que gobernaban el Templo, y que pertenecían al partido de los Saduceos, al que se oponían sistemáticamente los Fariseos, que negaban su legitimidad. Fue entonces cuando Nicodemo, un Fariseo, se acercó a Jesús de noche. No cabe duda de que el planteamiento de Nicodemo tenía una dimensión política. Quería poner a este joven rabino, que empezaba a surgir, del lado de los Fariseos, en contra de los Saduceos. Sabemos -dijo obsequiosamente- que usted es un maestro que viene de Dios. El texto que acabamos de leer es la segunda parte de la respuesta de Jesús a Nicodemo.

Jesús no se deja poner tan fácilmente del lado de los Fariseos, para quienes la salvación debe realizarse dentro del orden establecido por la Ley. Más bien enseña a Nicodemo que para salvarse hay que nacer de nuevo, del Espíritu. Ahora bien, este nuevo nacimiento sólo puede venir del "Hijo del Hombre", que es el único que bajó del cielo. Y aquí es donde comienza el texto del Evangelio que acabamos de leer. Es evidente que el evangelista Juan utiliza la expresión "Hijo del Hombre", presentando al Mesías como el prototipo de una nueva humanidad. Así, enseña que lo que puede salvar a los hombres de la muerte es fijar la mirada en el Hombre por excelencia, es decir, aspirar a la plenitud de la humanidad, que brillará en la

figura del Hombre-Dios, que se convertirá en el punto de atracción de todos los humanos. Sin decirlo explícitamente, Juan se refiere obviamente a la figura de Jesús en la cruz, en quien se realizará plenamente el plan de Dios para la humanidad. La cruz se ve aquí no en términos de muerte sino de exaltación gloriosa y salvación.

Quiero mucho a Nicodemo, porque es realmente uno de nosotros. Es un creyente ambiguo. Cree, pero no tiene el valor de asumir todas las consecuencias de su fe. Al ser doctor en Israel, conoce las Escrituras. Por tanto, puede observar que Dios está verdaderamente con este Jesús de Nazaret; pero no llega a reconocer a Dios en Jesús. Viene a él para aprender de él; pero viene de noche. Es un buscador; pero un buscador en la oscuridad. Su fe crecerá; pero siempre permanecerá un poco ambigua. Se siente cerca de Jesús, pero se aleja de Él. Estará en el Huerto de los Olivos en el momento del entierro de Jesús, pero no demasiado cerca. Y sin embargo, Jesús lo toma donde está en su camino y lo lleva más allá, hacia adelante. Igual que hace con nosotros cuando también acudimos a Él en nuestra oscuridad.

La novedad del mensaje de Jesús aparece aquí con toda su luz. Su mensaje a Nicodemo es que Dios no es un primer principio eterno e inamovible como el dios de los filósofos. Dios tiene un futuro; y su futuro está en manos de los hombres. La salvación no está al final de la historia, sino en el centro de la misma. La cruz está plantada en el corazón de la historia humana, en el corazón de un mundo devorado por el conflicto y la miseria. El mundo de los poderosos, donde los pequeños son aplastados y pisoteados, era el mundo que Jesús conoció - no es diferente del nuestro - era el mundo que lo condenó a muerte, el mundo que vino a redimir.

Aquí Juan retoma un tema ya tocado en el Prólogo de su Evangelio y que le es muy querido: la luz ha llegado a las tinieblas de la humanidad; algunos la han recibido, otros la han rechazado. Pero lo que separa de Dios o une a Dios no son las doctrinas, las teorías o las ideas, sino las obras: "Todo hombre que hace el mal odia la luz; no viene a la luz, para que sus obras no sean reprobadas; pero el que actúa según la verdad viene a la luz".

¡Dios amó tanto al mundo! El mundo de hoy, como el de todos los tiempos, pero de una manera nueva, está experimentando un gran sufrimiento. No necesita condenas, necesita amor. Así como el Padre no envió a su Hijo al mundo para juzgarlo, sino para salvarlo, el Hijo no envió a su Iglesia al mundo para juzgarla, sino para dar testimonio del amor que le tiene, pues vino a salvarla. Este es el mensaje que el Papa Francisco puso en práctica en su reciente viaje a Irak.

Document extrait du [site de l'abbaye Notre-Dame de Scourmont](#), qui se trouve sur le territoire de Forges, à sept kilomètres au sud de la ville de Chimay, en Belgique. Notre-Dame de Scourmont est une abbaye de l'Ordre Cistercien de la Stricte Observance.

¡Abrámonos a este amor!

Armand Veilleux